CROMOS.

Septiembre 9 de 1922
Número 322.
Valor, 15 centavos.



RETRATO INGLES
(Autor desconocido. De la colección del doctor J. M. Pérez Sarmiento).

CROMOS.

Editorial de Cromos

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

Director, Luis Tamayo

NUMERO 322 — BOGOTA, SEPTIEMBRE 9 DE 1922 — VOLUMEN XIV

Introducción a la Leyenda de oro.

II

Mas, de todos los templos, amo las rústicas iglesias aldeanas, descritas por Flaubert en un estilo inimitable. Oh! casas amables y santas! Se han edificado sobre la tierra augustos palacios, obeliscos, teatros, arcos de triunfo, pórticos, columnas, pirámides, circos; se han levantado suntuosas sepulturas; se han consagrado a los dioses templos magníficos, mas, el arte y el corazón del hombre jamás han ido más lejos que al crear estos refugios cuasi divinos.

El silencio reina allí: si algún ruido se escucha no es otro que el murmullo de los árboles o del arroyo cercano, murmullos suaves o bruscos, según la rapidez del viento.

Un encanto singular transpira de estas pobres ermitas. No es su miseria lo que nos conmueve: es su humildad lo que nos maravilla. Porque con sus bajos campanarios, sus techos que se ocultan bajo los árboles, parecen como doblegarse bajo el gran cielo de Dios.

No es, en efecto, un pensamiento de orgullo el que las ha edificado, ni la piadosa ostentación de algún grande de la tierra, en agonía; al contrario, se siente que ellas son la revelación de una necesidad, el grito ingenuo de un anhelo, y como el lecho de hojas secas del pastor; la cabaña que el alma se ha fabricado para guarecerse allí y recostarse, a sus anchas, en las horas de fatiga. Más que las de las ciudades, conservan estas iglesias aldeanas el carácter del país donde se levantan, y parecen participar más de la vida de las familias que, de padres a hijos, vienen al mismo lugar a posar sus rodillas sobre las mismas losas.

Casi siempre el cementerio colinda con sus muros, y cada domingo, cada día, al entrar y al salir, los rústicos echan una mirada sobre las tumbas de sus parientes que tan cerca de ellos están en la oración, como si habitaran un hogar más grande que no han abandonado del todo. Esas ermitas tienen, pues, un sentido armónico en el que —entre el baptisterio y el cementerio— se cumple la vida de estos hombres. Su recinto es pobre. Nada de bellas estatuas, ni de telas iluminadas, ni de lámparas suspendidas en el plafón. En un ángulo del coro arde una mecha en un vaso lleno de aceite. Pilares redondos soportan las naves apolilladas de madera. Por las ventanas, de claras vidrieras, penetra el sol de los campos atenuado por la sombra de anciana ceiba, cuya copa cubre el techo aliquenado de la iglesia. Bandadas de pájaros entran y salen, a veces, y revolotean entre los muros, o mojan sus picos en las pilas benditas. Algunos forman sus nidos en las cornisas de las naves, como en el follaje de la ceiba, y los dejan en paz. Cuando llueve, allí se guarecen, como en los árboles, pero, desde que el sol irradia y cesan las goteras, tornan a los campos, de suerte que durante la tempestad dos criaturas débiles entran a menudo, a la vez, en esas moradas benditas: el hombre para elevar su oración y abrigar sus terrores, las aves para esperar que pase la lluvia y calentar las plumas nacientes de sus polluelos.

Hé ahí, tal vez, una razón para que las florestas hayan sido consideradas como los primeros templos de la divinidad. Los hombres de todos los tiempos parecen haber aprendido en ellos la arquitectura, y, así, los griegos tomaron de las palmeras su columna corintia con su capitel de hojas, y los egipcios, del gigantesco sicomoro y la higuera oriental, los enormes pilares de sus templos.

* * *

En el *Valle del Cauca*, las iglesias aldeanas casi siempre tienen sus campanarios en los árboles. Suspendidas de las ramas musgosas, las campanas, cubiertas de líquen y enredaderas, repican alegremente en la mañana, y se lamentan, trémulas y graves, a la hora en que las casitas y colinas están doradas por el sol de los venados, y en que, secretamente, se levanta la voz de las bellas hijas del *Valle*, entonando canciones dulces como la miel:

Angelus, Domini
Nunciavit Mariæ....
Ave, María,
Gratia plena....

Ave, María! o'er the earth and sea
That heavenliest hour of heaven is worthiest thee!...

Ave, María! sobre la tierra y sobre las aguas, esta hora, la más celeste del día, es la más digna de ti. Ave, María! bendita sea esta hora. Ave, María! Es la hora de la oración. Ave, María! Es la hora del amor! (1).

En estas iglesias siempre hay una capilla consagrada a la Virgen, y, en su altar, ramos de rosas, pensamientos, jazmines, azucenas, violetas moradas, puestas en vasos blancos o azules de porcelana, cuyos colores armonizan con la llama de las bujías, la corona de plata y el velo de muselina, de largos pliegues, de la Virgen. Es un rincón embalsamado, misterioso, dulce; retrete oculto, adornado con amor, propicio a las exhalaciones del deseo místico y a los largos coloquios de las preces conmovidas. El hombre lleva allí toda la sensualidad de su corazón, y la deposita a los pies de María, bajo la mirada de la mujer celeste, satisfaciendo esta inextinguible sed de gozar y de amar:

Ave maris stella
Dei mater alma
....

Mater divinae gratiae
Mater inviolata
Mater amabilis
Rosa mystica
Turris Davidica
Turris eburnea
Domus aurea
Faederis arca
Janua coeli
Stella matutina........

Por pobre que sea la iglesia, siempre la capilla de la Virgen tendrá flores frescas y cirios encendidos. Allí parece encontrarse toda la ternura religiosa de los rústicos; su debilidad, su pasión, su tesoro, por lo cual se ha dicho que para ellos la religión es más esencial que la moral.

Allí está el Refugio de los pecadores, el Consuelo de los afligidos, el Socorro de los Cristianos. Allí sienten brotar en su corazón la fuente de toda verdadera alegría, el Vaso de los éxtasis espirituales.. Allí exclaman: *Salve, María!...* y la Madre purísima, la Madre admirable, la Madre amable, les sonríe.

No hay flores en el campo, pero las hay en la iglesia; la aldea es pobre, pero la Virgen es rica. Siempre bella, ella sonríe para todos, y las almas adoloridas van a refugiarse y calentarse a sus plantas como a un hogar que nunca se extingue, y es sorprendente la delectación que esas buenas gentes sacan de sus creencias. Porque la religión trae consigo sensaciones casi carnales; la oración tiene su epicureísmo; la mortificación su delirio. Rancé, el reformador de la Trapa, hizo echar fuera las palomas que alegraban con sus arrullos el huerto del convento donde solían pasearse, lentos y silenciosos, los monjes....

!Qué feliz soy, decía Goethe en Roma, *de vivir en medio de un pueblo tan sensual!*

Roma es la más mullida almohada, decía Chateaubriand, *para todas las laxitudes del alma.*

* * *

En España, pueblo dado a la pereza y desdeñoso de toda seria labor de cultura científica, nación propicia a los ideales oscuros y misteriosos, al revés de Francia,

(1). Lord Byron. A San Buenaventura debemos el *Angelus*, poética oración de la tarde y como un complemento de la divina tristeza crepuscular.

heredera de Grecia, el país de la claridad-*(tout ce qui n'est par clair, n'est pas francais)*, en España misma los místicos alternaban graciosamente los tintes sombríos y desteñidos de la teología con los frescos colores de la vida y de la naturaleza, como aquel venerable párroco de San Marcos de Toledo, don Alfonso de Villegas, que compuso una novela lupanaria llamada *Selvagia*, alternando la composición de ese licencioso romance con un.... *Flos Santorum;* como aquel enamorado Macías de las trovas de amor, o Alfonso Alvarez de Villasandino o García Sánchez de Badajoz, urdidores de coplas desvergonzadas a sus amantes, hasta los graves eclesiásticos como Juan de la Encina se deleitaban más en cantar socarronamente *las vidas de los eremitas* que en entonar inflamadas preces a la Divinidad. ¿Y quién no recuerda las encantadoras vidas de Santos de Berceo y el *Libro de buen amor* del libertino Arcipreste?

San Francisco de Sales redactaba cartas de amor para la novia de su secretario: «Esto es, hijo mío, le decía, lo que habéis de escribirle».

Ese doble y contradictorio ideal, el de un éxtasis monástico, conquistado en el martirio de los sentidos, y el de una belleza que habla a los sentidos, parece haber coexistido en ellos. Tal idea tiene su símbolo en los ángeles de Bonfigli, coronados de rosas como los convidados de los banquetes paganos: «Respiremos las rosas mientras se asemejan a tus mejillas. Besemos tus mejillas mientras se asemejan a las rosas».

Porque el cristianismo procede del paganismo hasta el punto de que un célebre cardenal decía que algo habría faltado al dogma de la Iglesia si Aristóteles no hubiera existido.

Y qué otra cosa es el canto llano que resuena en las iglesias, sino la grande y dulce música de los griegos? Dónde más oír el aire encantador que llenó la antigüedad del nombre de Safo? A qué otro lugar acudir para escuchar el ritmo de las odas pindáricas sin el cual nada valen a nuestros profanos oídos. Esa música helénica, de la que el canto llano es un trasunto, era del orden de su escultura y daba la medida de lo bello, lo noble y lo sencillo.

La religión, se ha dicho también, es un condimento que da a la voluptuosidad más delicado sabor (Tú, Gabriel D'Annunzio, hoy el más armonioso heredero de los griegos, lo sabes bien), y que ofrece a las almas livianas un deleite más: el de condenarse.

A un eximio orador sagrado de Bogotá le oí decir un día en brillante festividad: «Santa Teresa, esta Safo del amor divino!» Cuando visito los templos, cuando recorro estos solitarios refugios de los espíritus selectos y apasionados, y respiro el ambiente de las cosas sagradas, yo siento toda la intensidad de esa frase feliz.

* * *

Tal sentimiento ha inspirado este libro, escrito, amorosamente, en horas en que el corazón parece ahogarse y como fundirse en la ternura de los recuerdos, y nutrido del arte y de la sustancia de los textos de mis autores predilectos. *En los momentos de tedio y abatimiento,* dijo un gran creador de belleza, *cuando el alma, humillada por la vulgaridad del mundo moderno, busca en el pasado la nobleza que ya no encuentra en el presente, nada vale tánto como las Vidas de los padres de los desiertos.* Yo he vuelto a soñar los sueños de otros días, cuando en una aldea religiosa y melancólica del suspirado *Valle del Cauca*, a orillas de un río diáfano y trovador, cerca de un huerto oloroso, y no lejos de una antigua ermita donde Jesús hizo una nueva aparición, oía de labios de mi madre, al amor de la lumbre, áureas leyendas de santos, consejas inefables que escuchaba embelesado y que me impregnaron para siempre de tristeza y de amor. Falta a su sombra venerada y al sentido de la armonía hubiera sido tratar sin respeto lo que es santo y sin piedad lo que es piadoso.

Yo que puedo decir como Sainte-Beuve, en un inédito *Voyage en Italie*, publicado en este año: «Mi alma se asemeja a esas playas de Aguas-Muertas donde, dicen, se embarcó San Luis. El mar y la fe, desde hace tánto tiempo, se retiraron! Y mucho será hoy si a través de las arenas, bajo el implacable calor o el frio mistral, hallo para reposar un instante, la sombra de un raro tamarindo».

Porque la religión que no es ya un objeto de creencia y de fe, puede fácilmente tornarse en una viva fuente de delicias estéticas que nos hagan gozar refinadamente de todas las imágenes de la vida en el pasado, bien persuadidos de que ella no es sino apariencia e ilusión. *Mientras el hombre mame la leche de su madre*, dijo el sabio, *será consagrado en un templo e iniciado en algún divino misterio.* Soñará, y, qué importa que el sueño mienta, si es hermoso?

....Y creía que Dios era un anciano
De barbas blancas que nos crió del todo,
Y que nos daba, como padre, todo,
Y que llevaba el mundo entre la mano.

Mas, que exista o no exista, qué me importa,
Si era tan bella la iglesita aldeana,
Y tan alegre el són de su campana,
Y la vida es tan triste, y es tan corta!

Cornelio Hispano.





Excelentísimo señor don Argen Guimaraes, Ministro Plenipotenciario de los Estados Unidos del Brasil, y señora doña Ignez Bolognesi Guimaraes, quienes celebraron ayer el centenario de la independencia de su país con una suntuosa fiesta en la casa de la Legación, a la cual concurrió un grupo muy selecto de esta sociedad.

EL CENTENARIO DE LA INDEPENDENCIA DEL BRASIL



Entrada de la bahía de Río de Janeiro.

Discurso pronunciado por el señor Luis Martínez Delgado, en la sesión solemne celebrada por la Academia de Estudios Diplomáticos en el Foyer del Teatro Colón, con motivo del Centenario de la Independencia del Brasil, en la noche del 8 de septiembre de 1922.

Excelentísimo señor Presidente de la República, Excelentísimo señor Ministro, señoras, señores:

La Academia de Estudios Diplomáticos, cuyo campo de investigación científica pretende abarcar los dilatados linderos del Derecho de Gentes y cuyo fin inmediato de sus esfuerzos y labores es la formación de elementos jóvenes que sean exponentes valiosos de la cultura colombiana en el Exterior y vínculo de unión con los pueblos civilizados, no podía dejar pasar inadvertida la clásica fecha que ayer conmemoró la República del Brasil; y de ahí el que haya organizado esta sesión solemne en que nos hemos congregado para celebrar como nuestras las glorias de la República hermana.

No ha de opacar nuestra voz el brillo de esta reunión de cultura ya que, de antemano, contamos con la benevolencia de la Academia, que ha querido confiar al menos autorizado de sus miembros el honroso encargo de llevar la palabra en su nombre en la presente ocasión.

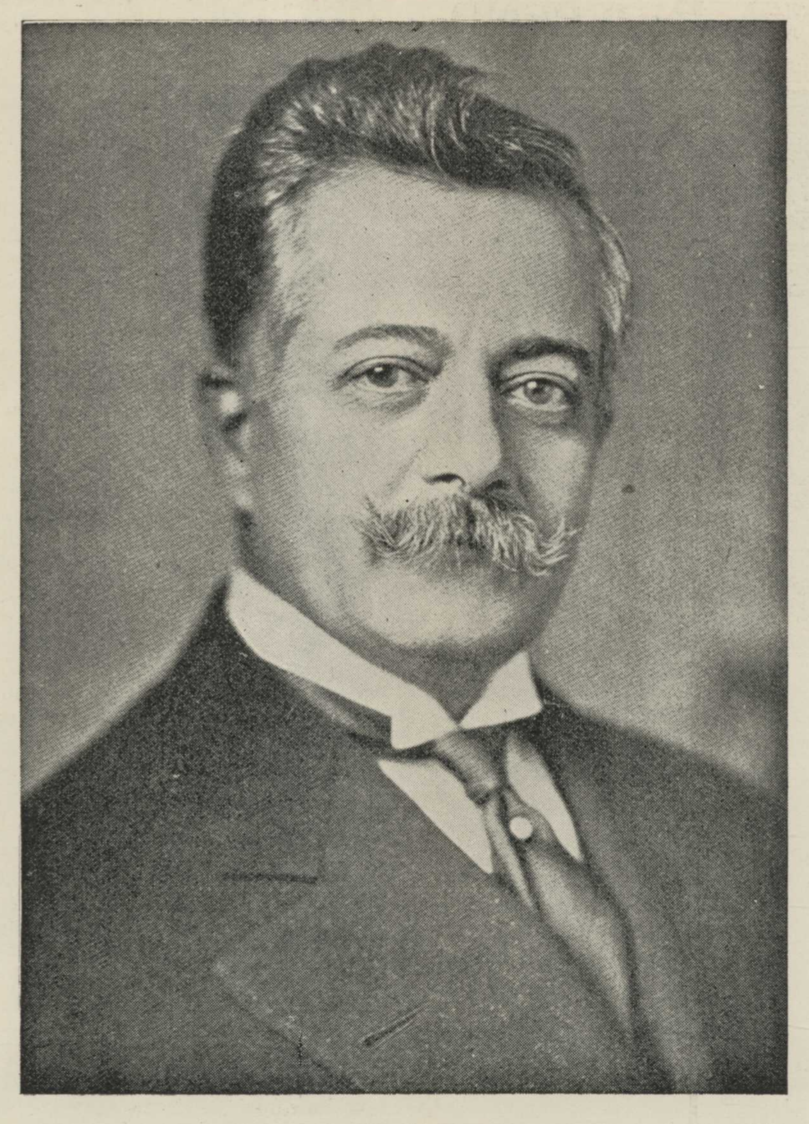
Cien años hizo ayer que el pedazo de la América Latina que Alvarez Cabral llamó la *tierra de Vera Cruz*, rompió las cadenas seculares que por largos años la mantuvieron ligada a la Corona de Portugal.

Ya desde el año de 1808, el Rey don Juan de Portugal, huyendo ante los ejércitos imperiales del gran Napoleón, había sentado su real residencia en el Brasil, proclamando la constitucción del Reino Unido para combatir, en nombre de Portugal, la Guayana francesa como parte integrante del Imperio napoleónico. Caído en Waterloo el Genio Militar de Ajaccio, el Rey don Juan hubo de regresar a la Corte de Lisboa dejando como Regente de sus dominios en América a su hijo el Príncipe don Pedro.

Mas, ya por aquel entonces la insurrección de las colonias españolas había repercutido en el Brasil y el espíritu de libertad e independencia, fomentado con la promulgación de la Constitución liberal portuguesa de 1820 en el antiguo Virreinato, dieron al traste con el Reino Unido y la América vio nacer el primer Imperio en el Continente dirigido por el Príncipe de la Casa de Braganza, hijo del Rey don Juan.

Huérfano el Príncipe Regente e impedido para regresar a Portugal, su hija doña María heredó sus derechos a la Corona portuguesa, quedando así definitivamente constituído el Imperio. Los sucesos políticos que fueron rápidamente desarrollándose después del grito sublime que oyeron las llanuras del Ipiranga: «Independencia o muerte», obligaron al Emperador a abdicar en favor de su hijo don Pedro II.

La Providencia, cuyos medios secretos ignoran los mortales, valióse de este joven Emperador para iniciar la abolición de la esclavitud, la que fue llevada a cabo por Isabel la Redentora con la promulgación de la famosa Ley Aurea en 1888, que encarnó las ideas del Libertador Bolívar y que informaron la memorable Ley de 19 julio de 1821, por la cual se declaraban libres los partos de las esclavas en Colombia. Honor a nuestro país que después de Chile, fue el primero en decretar la abolición absoluta de la esclavitud por la Ley de 21 de mayo de 1851, sancionada por el



Su Excelencia el señor doctor Epitacio Pesoa, Presidente de la República de los Estados Unidos del Brasil.

Presidente José Hilario López, Ley que fue rayo de luz para que otras naciones americanas siguieran su nobilísimo ejemplo, entre ellas el Brasil, cuya Ley Aurea inspiró a nuestro eximio poeta don José Joaquín Ortiz las siguientes estrofas en su canto a la libertad de los esclavos en el Brasil:

¿Qué son la ruda argolla y la cadena,
Y el pan negro, y la mazmorra oscura,
Y el zumbador azote que desgarra
Las carnes de la mísera criatura;
Cuando no hay fuerza alguna que interrumpa
Ese deseo ingénito y ardiente
De respirar el aire, al cielo abierto,
De la naturaleza entre la pompa?

....

El águila imperial así, cautiva
En deshonrosos lazos,
Con la garra y el pico forcejea
La vil cadena por hacer pedazos.
¡Esfuerzo inútil! la mirada altiva,
Que en fuego centellea,
Clava del astro—rey en la luz viva,
Y la extensión azul del hemisferio
Antes su grande, indisputado imperio,
Con indignados ojos ahora otea;
Y mira coronado el agrio monte
De árboles corpulentos que remece
El huracán, y el espumoso río
Que sus ondas arrastra el valle abajo.
Donde su prole abandonada crece;
Sacude el ala inútil con trabajo
Pugnando por volar al limpio cielo,
Y al fin débil la pliega y desfallece.

....

Ya la patria de Washington la lepra
Que el estrellado pabellón manchaba
Lejos de sí arrojó tras cruenta lucha;

....

«Y libre ya la América latina»
No temerá la púdica doncella
Caer en el abrazo lujurioso
Vendida como bestia en el mercado

«Que roto está el pendón y el cetro de oro
[en el Continente Americano».

Los agricultores brasileños protestaron contra la Ley de Isabel la Redentora, y los más exaltados esclavócratas, llevados de la codicia y el despecho, y, hasta cierto punto, familiarizados con las ideas democráticas popularizadas en América, fomentaron la revolución que estalló en Río de Janeiro en 1889 que derrocó el Imperio y proclamó la República.

Es breve, como veis, la historia política del Brasil, y en sus páginas, si hacemos excepción de la guerra holandesa en los tiempos coloniales y de las recias hostilidades contra el Paraguay, no se encuentran hazañas análogas a las que caracterizaron la lucha tenaz y formidable que derribó en América el poderío de los Reyes de Castilla.

La influencia de las ideas y de las luchas bolivianas en la pasada centuria sirvieron de brújula de orientación al Brasil y ayudaron a disipar las tinieblas que engendró la tiranía en América.

Ellas crearon la unidad de espíritu en el Continente y fueron los primeros irrompibles eslabones que unieron a los pueblos de la América; fueron ellas las que salvando los linderos que señala el Amazonas, abrieron el paso a la República en la tierra de Bonifacio D'Andrada e Silva, el Patriarca de la Independencia del Brasil.

Abreo Lima y Natividad Saldanha, los célebres revolucionarios de Pernambuco, se amamantaron con las glorias de nuestros ejércitos libertadores y huyendo de la persecución y de la esclavitud en su patria, pisaron el territorio de Colombia para recobrar su libertad perdida y para servir, el primero, bajo nuestras banderas, en la jornada inmortal de Carabobo y, más tarde, como Edecán de Páez, el León de Apure. Y Saldanha, el poeta, de quien hablan en sus reminiscencias Ortiz y Cordovez, vino a morir en Bogotá allá por el año de 1830, después de haber hecho vida común con nuestros próceres.

Y no creéis que fue tan sólo el espíritu de libertad, patrimonio nuestro en la pasada centuria, ni tampoco los nombres de Lima y de Saldanha, los únicos vínculos que ligan a Colombia con el Brasil; que igua-



Avenida central de Río de Janeiro.



El señor Ministro del Brasil y su señora obsequiaron el jueves pasado a un grupo muy selecto de la sociedad bogotana, con un té bailable, para celebrar el primer centenario del grito de independencia del Brasil.

les, si no superiores, los hemos tenido con otros países hermanos, sin que ellos hayan sido piedra angular de amistad internacional; porque el Brasil ha consagrado en su legislación positiva principios de derecho iguales a los nuestros, y en sus relaciones internacionales, ha tenido siempre como orientación la equidad y la justicia, que son las únicas armas que hacen fuertes a los pueblos.

Es quizás el Brasil el único país que ha establecido en su Constitución que las armas nacionales no son armas de conquista sino elementos de defensa, doctrina sabia que fue cristalizada en hechos en el célebre caso del Lago Mirini, sobre el río Yaguarón.

El principio altamente liberal de que la soberanía, siendo una e indivisible, no admite graduaciones de los fuertes para con los débiles, sustentado victoriosamente por el Brasil desde 1825, lo sostuvo con elocuencia la sobria y elocuente palabra de Ruy Barbosa en la Conferencia de la Paz de 1907; la condenación implacable de la guerra de Conquista fue proclamada sin eufemismos en las contiendas del Plata; la consagración del arbitraje como recurso supremo para dirimir litigios una vez malogrado el arreglo directo, ha sido estipulada en todos los pactos internacionales de la Cancillería de Río de Janeiro; la admisión del bloqueo de los puertos, según las doctrinas más liberales al respecto, fue sustentada en todos los actos del Gobierno durante la guerra de 1825 con las Repúblicas Unidas del Plata y en las Convenciones del 17 de diciembre con los Estados Unidos.

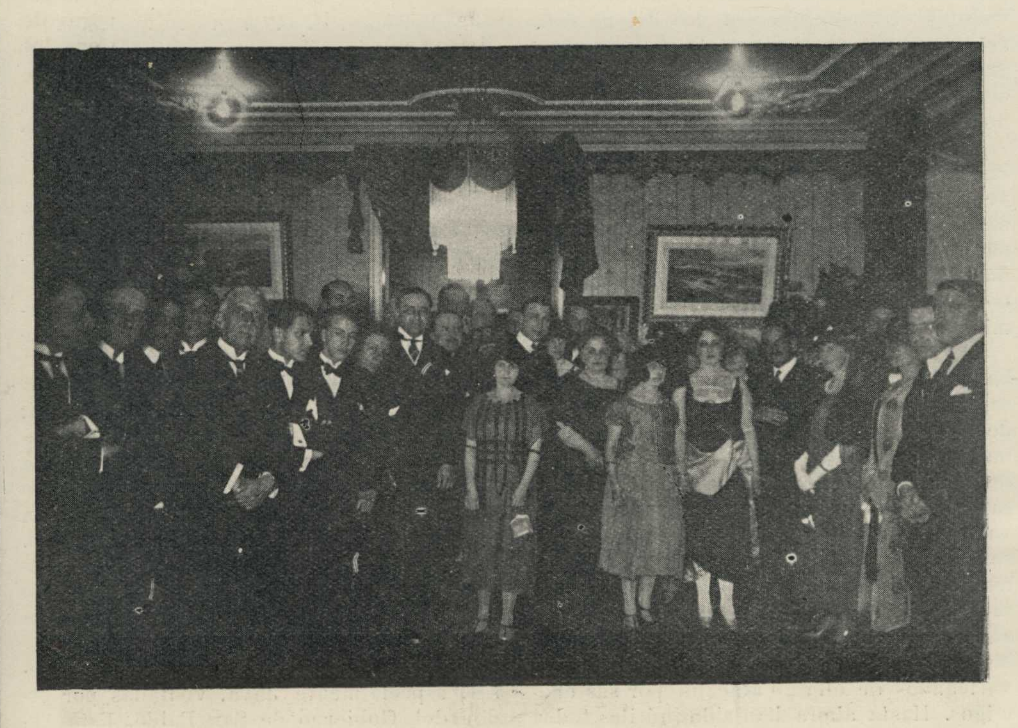
Y nosotros, los colombianos, que hemos siempre defendido con inquebrantable energía los mismos principios liberales heredados de nuestros mayores y que con ellos, pacífica y honrosamente, hemos ido resolviendo nuestras diferencias internacionales al mismo tiempo que consolidando nuestra unidad nacional, base de nuestro progreso y de nuestra cultura social y cívica, estamos en la obligación de ver en las orientaciones del Ministerio de Relaciones Exteriores de Río de Janeiro, un poderoso lazo de unión y de fuerza que, unido a la compenetración de las ideas de democracia y libertad y a las tradiciones de la Guerra Magna, ha de ser baluarte inexpugnable que una los destinos de las dos repúblicas hermanas en su marcha ascendente del porvenir.

Tiempo es ya de que enderezadas nuestras actividades, en el sentido del trabajo fecundo y de la mutua comprensión y armonía, conquistemos el futuro que a nosotros pertenece y demos impulso de vida y de vigor a ese sentimiento que anima el Continente Americano y que es síntesis de positivas excelencias.

Reanudemos en esta fecha clásica de las glorias del Brasil, que son también nuestras, porque en ellas tenemos nuestra parte, los vínculos indestructibles de amistad y de mutua compenetración de intereses, tanto morales como materiales y, confiados en nuestro destino, despejado el horizonte, hagamos política grande, política noble que vaya imponiendo el sentimiento grandioso y fraternal que exaltó el alma de los fundadores de los pueblos del Hemisferio de Colón.

Que nuestras voces, franqueando los valladares que señalan las fronteras y atravesando las selvas y llanuras amazónicas, lleguen hasta los Pabellones de Río de Janeiro y sean testimonio elocuente de los sentimientos que embargan nuestro espíritu por las glorias de una hermana, ya que, sobre todos los pueblos hermanos de la América brilla, y jamás se eclipsará, el mismo sol de libertad y de grandeza.

He dicho.

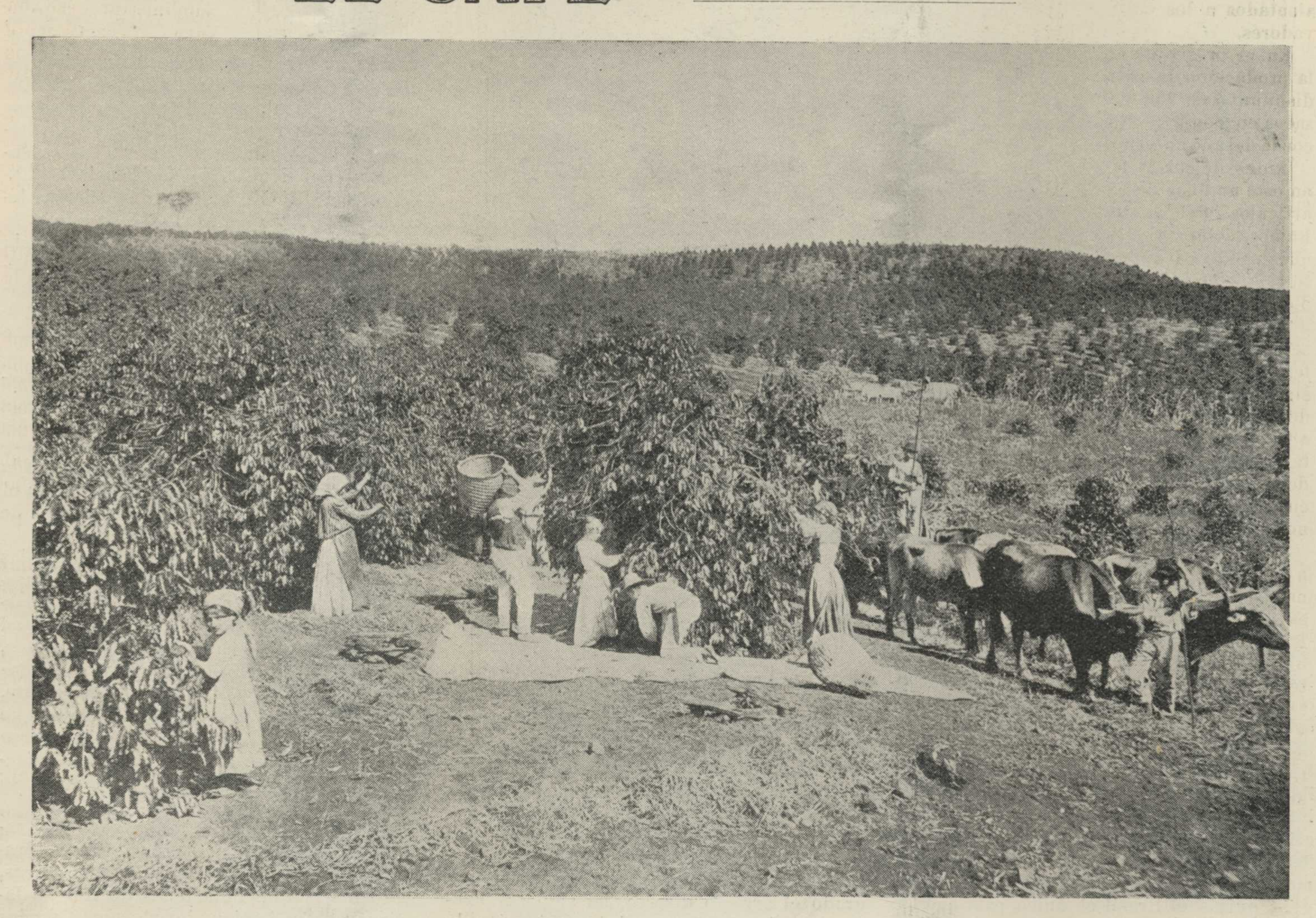


En el té de la Legación del Brasil.



Doctor Carlos Arango Vélez, joven abogado que obtuvo un gran triunfo ante la Corte Suprema de Justicia con su exposición sobre el pleito del ferrocarril del Norte, como vocero de la Compañía del Ferrocarri. El doctor Arango ha probado que posee una muy vasta ilustración jurídica y se ha revelado como un notabilísimo orador. Sus discursos ante la Corte Suprema de Justicia le han valido muchas felicitaciones.

EL CAFE - Su defensa. Su porvenir.



Cogiendo café en Araraquara, San Pablo.

I

El doctor Augusto Ramos, en opinión general, el más competente técnico que posee el Brasil en cuanto se refiere a la industria del café, acaba de escribir una serie de artículos admirablemente documentados acerca de tal materia, los cuales me propongo extractar y comentar, con el fin de que sean conocidos en Colombia.

Las opiniones del doctor Ramos sobre la valorización del preciado grano, sobre el porvenir de la industria cafetalera y lo que dice de la producción colombiana tienen, a no dudarlo, un grande interés para nosotros.

En presencia de la riqueza que produce al Brasil el cultivo en extenso del café, siento por esta industria un grande entusiasmo cuando pienso en nuestro país, porque considero que si el Estado de San Pablo, con su clima ambiguo, que en un mismo día pasa de 22° a 10°, con sus heladas y el escaso vigor de sus plantaciones, ha logrado la ingente riqueza que hoy posee, merced al cultivo del cafeto, cuánta no sería nuestra prosperidad si pudiéramos abaratar los transportes, plantar muchos millones de árboles sabeos y hacer a nuestro producto una intensa e inteligente propaganda.

Colombia con su café de mejor calidad que el brasileño, con climas que no se hallan expuestos a las heladas, puede llegar a producir tanto café como el grande Estado brasileño, cuya población es un poco menos que la de Colombia, pero cuya riqueza es extraordinariamente superior.

Los artículos del doctor Ramos se intitulan *La defensa del café delante de los productores extranjeros.* Los ha escrito especialmente para desvanecer en los cultivadores el temor que les sobreviene cada vez que aumenta la cosecha del precioso grano en alguna de las naciones que impiden con su producción el que sea un monopolio del Brasil la industria cafetalera.

El doctor Ramos divide en dos grupos las regiones que producen café, no incluyendo el Brasil: en el oriente, Asia y Africa; en el occidente, los países de origen español, a saber: Méjico, Guatemala, Salvador, Nicaragua, Costa Rica, Colombia, Venezuela, Puerto Rico, Haití y Santo Domingo.

El grupo de oriente dispone de tierrenos bastante aprovechables para el cultivo del café, y de una inmensa reserva de mano de obra, pues sólo la isla de Java cuenta más de 35 millones de habitantes, los cuales recibían antes de la guerra el irrisorio salario de 300 o 400 reis por día (1.000 reis valen hoy $ 0.13 oro). Mas estas ventajas son contraarrestadas por el flagelo que diezma los cafetales, a despecho de las admirables instalaciones experimentales, destinadas a descubrir los medios de combatir las enfermedades de la planta, u obtener variedades de ella no atacable por sus enemigos. Hasta ahora han sido inútiles todos los esfuerzos. En esas comarcas no ha sido posible aumentar el volumen de la producción, conforme lo demuestran las estadísticas:

	Producción media anual. Sacos.
1895-96	1.350.000
1915-20	1.250.000

Obsérvese que la producción en oriente, en los últimos veinte años, en vez de aumentar, descendió en 100.000 sacos por término medio.

Esta declinación asiática venía de antiguo, pues en 1880 alcanzó a 2.400.000 sacos, es decir, casi el doble de la producción actual.

Fue la enfermedad de los cafetos—la *hemileia*—la causa de tamaño desastre, que se sintió especialmente en Ceilán.

Las causas del descenso productivo persisten todavía, pues la plaga continúa, estorbando todos los esfuerzos que se hacen y todos los recursos que se emplean para mejorar las plantaciones. Ensayado en esos países el cultivo del café *Arábigo*, acudióse al *Liberia*, que tampoco prosperó. Echóse entonces mano del *Robusta*, que consiguió por algunos años ser el depositario de las esperanzas de los productores de aquellas lejanas comarcas.

En 1913 fueron las posesiones holandesas, especialmente Java, visitadas por orden del Gobierno de San Pablo. Esta comisión encontró que la *robusta* aparecía ya

atacada por la *hemileia*, lo cual tenía desalentados a los cultivadores.

En el presente año la producción de Java disminuyó en 250.000 sacos en comparación con la del año anterior.

Antes de continuar en este análisis de los artículos del doctor Ramos, debo advertir que en el Brasil se han tomado todas las medidas oportunas para evitar el que pudiera ser importada la enfermedad que se designa con el nombre de *hemileia*. Estén alerta en tal sentido, también, el Gobierno de nuestro país y los cultivadores colombianos.



Embarcando café en Santos.

El grupo de naciones hispanoamericanas produjo, según las estadísticas del doctor Ramos, en el quinquenio de 1895 1900, por término medio, 3.325.000 sacos por año. Han transcurrido de entonces acá veinte años, y las estadísticas recientemente suministradas por Launenville indican, como producto del último quinquenio, 4.325.000 sacos anuales, así distribuidos:

Colombia.	1.000.000
Venezuela.	750.000
Guatemala.	580.000
Méjico.	280.000
Salvador.	400.000
Costa Rica.	200.000
Honduras y Jamaica. . . .	125.000
Nicaragua.	230.000
Puerto Rico.	300.000
Haití y Santo Domingo. . .	460.000
Total	4.325.000
Oriente, Java.	1.250.000

De manera que tenemos una producción de sacos de café, sin contar la brasileña, de 5.575.000, término medio anual.

El resultado de esta estadística probablemente adolece de alguna exageración, porque habiendo sido enviados a los centros de producción varias partidas considerables de sacos, las dificultades del transporte, especialmente por causa de la guerra europea, las retuvieron, lo que hizo que fueran incorporadas en el último quinquenio, aumentando así su volumen.

Pero admitamos que, realmente, la producción extrabrasileña fue de 5.500.000 sacos de 60 kilos. Hubo, pues, en los últimos veinte años, en todo el mundo, fuéra del Brasil, un aumento de cerca de un millón de sacos.

Por el impulso dado a la producción en los dos últimos años, convengamos en admitir que la producción de los países que compiten con el Brasil fue de 6.000.000 de sacos, y de 1.500.000 el aumento entre 1896-1900 y 1902-22 en todo el mundo. Este millón y medio corresponde a Hispano América, Pues en Oriente la producción permanecía estable.

En este período la producción hispanoamericana, con ligeras e inevitables fluctuaciones, acusa una situación poco variable, con excepción de Colombia. Veamos —dice Ramos— las estadísticas de este último país.

En una publicación oficial americana de 1921 *(Colombia: A Commercial and Industrial Handbook)* se ve que en 1906 ya Colombia producía 600.000 sacos de café.

Por otra parte, información telegráfica, digna de ser acatada, recibida hace pocos días, indica para el año en curso una producción colombiana de 1.600.000 sacos. Fue, pues, en diez y seis años, el aumento, apenás de 1.000.000, o sean 60.000 sacos en números redondos.

Ahora bien: el aumento del consumo mundial puede ser calculado, por lo menos, en un 2 por 100 anuales, pues sólo los Estados Unidos, cuyo consumo actual es casi la mitad del consumo del mundo (9.500.000 sacos en 20.000.000); el porcientaje de aumento en los diez últimos años fue 50 por 100 (6.250.000 sacos en 1911 y 9.500.000, en 1921).

Admitiendo que el consumo actual del mundo sea de 20.000.000 (veinte millones) de sacos, aquellos 2 por 100 de aumento representan un volumen total de 400.000 sacos por año. Llegamos, pues, al siguiente resultado:

Consumo mundial..................	20.000.000
Aumento del consumo mundial	400.000
Aumento del producto anual, fuera del Brasil (Colombia)........	60.000
Aumento de producción, reservada *por el consumo al Brasil*	340.000

El contingente de producción exigido por el consumo al Brasil, es, como se ve, enorme, casi seis veces igual al contingente suministrado por el extranjero. «Lo peor, es que ya no tenemos, a lo que parece, capacidad para aumentar a más de 340.000 sacos por año nuestra producción actual, y es enteramente absurdo que pretendamos impedir a los productores extranjeros el que se utilicen de una migaja *migalha* del consumo del mundo, cuando nos mostramos incapaces de suministrar a ese consumo el contingente que él reclama de los productores brasileños».

La demostración de la debilidad productiva de nuestros cafetales es facilísima, como se va a ver:

La producción total brasileña en los últimos cinco años fue la siguiente:

	Sacos
1916-17.	12.741.000
1917-18.	15.836.000
1918-19.	9.712.000
1919-20.	7.500.000
1920 21.	14.496.000
	60.285.000
Media.	12.057.000

Si es de seis millones la producción extranjera y de veinte millones el consumo del mundo, claro está que el contingente brasileño necesita ser, por lo menos, de catorce millones, que es la diferencia entre aquellas dos cantidades.

Mas hace cinco años que nosotros sólo producimos, por término medio anual, doce millones. ¿Dónde encontrar lo restante, es decir, dos millones?

Si miramos al futuro el caso se presenta todavía peor. En efecto, la situación de la industria del cafeto se halla, en este momento, completamente clara. Dos hechos influirán de modo decisivo en ella durante los dos años estadísticos de 1921-22 y 1922-23: el volumen de ocho millones de sacos en San Pablo, atribuído a la cosecha que se está exportando (1921-22) y el conocimiento que se tiene ya de la cosecha futura, *cuja florada nao vingou* (cuya floración no dió lo que de ella se aguardaba), y que no daría más de siete y medio millones.

Concediendo al resto del Brasil, en globo, siete y medio millones en los dos años de 21-23, tendríamos que en el bienio la producción global será de 23 millones, o sea una media de 11 y medio millones por año. Harían falta para el consumo 2 y medio millones por año.

La producción brasileña declina; vamos a demostrar cómo esta declinación no es de ahora. Viene de tiempo atrás.

Véanse las estadísticas relativas a los tres últimos quinquenios, en sacos de 60 kilos:

1906-7.	20.190.000
1907-8.	11.001.000
1908 9.	12.912.000
1909-10.	15.324.000
1910-11.	10.848.000
Total	70.275.000
Media anual.	14.055.000
1911-12.	12.027.000
1912-13.	12.131.000
1913-14.	14.457.000
1914-15.	13.411.000
1915-16.	15.960.000
Total	68.996.000

(Termina en la página 162).



ENLACE CUERVO PEREZ-RIAÑO BORDA.—En el matrimonio del señor don Luis Augusto Cuervo y de la señorita doña Alicia Riaño Borda, miembros muy apreciados de esta sociedad y quienes contrajeron matrimonio el miércoles pasado.



Grupo de personajes que concurrieron al gran banquete ofrecido en Lima por el Canciller peruano en honor del Ministro de Colombia. Primera fila: Presidente de la República (X) señor Augusto B. Leguía.—A la derecha del mismo: Ministro de Colombia, doctor Fabio Lozano T.; Ministro de Gobierno, doctor Germán Leguia y Martínez; Ministro de Instrucción Pública y Justicia, doctor Oscar C. Barros; doctor Edmundo Gutiérrez, famoso orador colombiano.—A la izquierda del Presidente: Presidente del Senado, General César Canevaro; Ministro del Brasil, doctor Silvio Gurgel do Amaral; Ministro de Relaciones Exteriores, doctor Alberto Salomón; Nuncio Apostólico, Monseñor Petrelli.

sa, el godo había tragado la pitanza que se le dio y el chubasco continuaba.

Fastidiada la viuda con tanto llover y con aislamiento que la obligaba a tener cerrada la boca, puesto que era, como todas las de su estado y clase, parladora inagotable, fue al mayordomo y le dijo: haga usted subir a ese hombre que está en la puerta, porque quiero platicar con él, mientras pasa el mal tiempo. Ascendió la escalera el europeo y asentóse en seguida a invitación de la matrona.

—Señora, ¡y qué buena casa tiene usted: es un palacio!

—Pues, ya, observó como con negligencia la dueña de la casa y, como preparándose para mostrar al español los diferentes raros objetos que adornaban su morada. Ese retrato que ve usted enfrente es el de mi marido, hecho en Italia por un célebre artista; esas láminas con marco dorado que penden de la pared, representan la historia de Matilde o las Cruzadas, según madama Cotin, y las otras más pequeñas, son alusiones al gran Capitán Gonzalo de Córdoba, en conformidad con lo que dice en una linda novela el caballero Florian.

De esa primera pieza, que era como de recibo, entró la castellana seguida por el pobre hombre a un espacioso salón, colmado casi todo él de cuadros y estatuas que por cierto no eran de escaso mérito y que formaban a manera de museo de dibujo, pintura y escultura.

—Aquí tiene usted, agrego la conductora dirigiéndose al acompañante, algo que merece la pena de ser visto y observado. Es una colección que, merced a no pocas penas y a muchos gastos he podido formar lentamente, para dar vuelo a mis propensiones. Aunque en breve escala, aquí tengo representadas las mejores escuelas del mundo: la española, la flamenca, la francesa, la romana, la florentina, la veneciana y otras. Ya originales, ya copias perfectas, aquí hay obras maestras de Murillo, de Velásquez y de Ribera; obras inimitables de Rubens y de Van Dick; de Miguel Angel y de Rafael, del Veronés y de Carache. del Ticiano y de algunos más. Esta Virgen es de Miguel de Santiago, célebre pintor quiteño; esta preciosa imagen de San Bruno es de Caspicara, indio lleno de inspiración y genio, y esta tablita de cedro con la imagen de San Jerónimo es un almuerzo de Vásquez, gloria y prez de artistas santafereños.

Eso y mucho más decía la elegante dama al llamar la atención de su compañero con las obras primorosas que le señalaba, y al verificarlo así, como estaba de vena, iba salpicando la conversación con reparos críticos de exquisito gusto, porque a decir verdad la compatriota de que vengo tratando no pertenecía a la clase de las bachilleras empalagosas, sino a la muy respetable de las mujeres doctas y eruditas.

Paso por alto los pormenores que atañen a lo acontecido en aquel salón, entre una persona que enseñaba y otra que oía con tamaña boca abierta, al tiempo de contemplar la enorme copia de curiosidades en él contenidas, y sigo con ellas a la pieza inmediata que servía de oratorio.

Ya imaginarás, sin que yo tenga necesidad de decírtelo, cuál y cuánto sería el número de retablos, reliquias y demás obras de devoción reunidas en aquella bien decorada capillita. El europeo, sombrero en mano y compungido, miraba absorto, y la dama explicaba y explicaba. En momento dado y cuando el español se hallaba distraído, asió la señora un grueso cordón de seda carmesí, tiró de él, levantó un velo de damasco y apareció la imagen del Salvador, de tamaño natural y verdaderamente divina.

—Vea usted, señor, dijo la guía a punto en que llamó la atención del viejo expedicionario; mas éste al volver la vista cerró inmediatamente los ojos y exclamó:—Señora, por caridad, no me muestre usted ese sujeto, porque cada vez que le veo se viene a mi memoria la causa de todas mis penas y congojas.....

Pues, Salvador, algo parecido me pasa cuando andando de visita, por las casas de mis clientes, tropiezo con un libro que lleva por título: *Geografía General y Compendio histórico de la conquista del Estado de Antioquia.*

El doctor José Féliz Merizalde, venerado maestro mío, cayó en la flaqueza de publicar libros en la extinguida República de la Nueva Granada. Yo no sé que tan de él serían, o si serían traducciones que hizo, pero el hecho es que dio a la estampa una obra de Higiene, que se me parece a la de Tourtel como dos monedas de níquel de esas que andan por allí, y una Patología general que se me parece a la de Chomel como si fueran gemelas.

Pues bien, recuerdo que un día a tiempo de hacer visita de hospital en San Juan de Dios, nos dijo: —No publiquen ustedes nada en esta tierra, porque se los lleva la trampa como me ha llevado a mí. Y entiendo que un poco más tarde aconteció igual cosa a los doctores Estadislao Vergara y José Duque Gómez con su *Lakis y Cavalario,* al doctor Cerveleón Pinzón con su *Ciencia Administrativa,* al doctor Florentino González con su *Ciencia Constitucional*, y así a muchos otros cuyos nombres forman la ya nutrida lista de nuestro martirologio literario.

Aquí iba yo de esta carta, con intención de llenar dos o tres pliegos más de *pequeñas nadas*, como dicen los franceses, no tanto porque estuviese muy desocupado, cuanto porque quería desembuchar gran suma ds boberías, de las cuales es rica mi cosecha, para depositarlas confidencialmente en el constante amigo, con peligro de enfadarlo no poco con tan extravagante ocurrencia; pero aconteció que cuando en eso estaba me trajeron de Medellín dos volúmenes iguales de una obra que lleva el modesto título siguiente: *Camacho Roldán. Notas de viaje.*

El primer volumen me fue dedicado por mi distinguido amigo el doctor Luis Eduardo Villegas, con recomendación especial de que lo leyera pronto y con interés porque era un precioso documento de nuestra literatura nacional y una prueba evidente de que el autor calzaba muchos puntos en la honrosa categoría de los sabios. El otro volumen es el mismo que tuviste la delicadeza de enviarme y por el cual te presento mi más sincera expresión de gratitud.

Desde el momento que me llegó tu libro determiné suspender esta carta, que hoy 15 de septiembre continúo, después de haber hecho escrupulosa lectura de tu obra.

No puedo resistir al deseo de enviarte juicio de lo que he leído, a ojo de buen cubero, eso sí, porque a más no alcanzo; pero al hacerlo me sobrecoge el temor de que al decirte mucho bueno pienses que gasto lisonja, con la cual ofenda tu modestia. Salto por encima de ese miedo y voy al asunto, no sin pedirte antes perdón por haberte dicho, siquiera fuese por chanza, que escribiríamos juntos nuestras memorias. Pues no faltaba más: poner mi pluma junto a la tuya.... qué diría la gente!

Desde que saliste de Bogotá hasta que llegaste a Nueva York, te he seguido paso a paso por sitios de los cuales la mayor parte me es conocida de vista, y te he seguido con interés creciente, porque a cada paso que das en tu carrera ingieres a la relación mayor número de encantos.

Desde Bogotá hasta Honda, la descripción física saca su mérito de la sencillez y de la verdad, sin que por ello dejes de levantar de vez en cuando el estilo hasta un enfatismo adorable, cuando describes paisajes tropicales tan ricos de luz y tan opulentos de belleza como suelen ser los nuestros. En ese trecho de camino y en el que andas desde Honda a Barranquilla, tus observaciones suben a gran altura, para provecho de la patria y honra de tu nombre: industrias diferentes, agricultura propiamente dicha, ganadería, vías de comunicación, y, en fin, todo lo que te sale al paso lo ves, lo examinas y lo explicas, como maestro, aplicándole con severa verdad, principios de economía, de geografía, de higiene, de historia, de filosofía, de administración pública, de estadística, y, en fin, de todo aquello que, como hombre humanitario, sabio y patriota, sacas del arsenal copioso de tu admirable erudición.

Yo he pasado, como tú lo has hecho, a lo largo del Magdalena, tres o cuatro veces, y jamás llegué a penetrar la importancia presente y futura de ese caudaloso río, como tú lo has verificado. Ya se ve, tú sabías lo que ibas a decir, y yo no, lo que establece la positiva diferencia entre los dos.

A veces te he visto separado de la prolija historia que haces del río, para ir con tu imaginación escrutadora a lugares más distantes, pero siempre percibo que haces eso en busca de conexiones reales entre las diferentes secciones de Colombia y de ésta con los países extranjeros. Tus consideraciones acerca de las Sabanas de Corozal y de Ayapel, de las vegas del Magdalena y de la Sierra Nevada, me han colmado de admiración, y la pintura de algunas batallas, peleadas en las márgenes del gran río, me han parecido de un laconismo a lo Tácito, y ¿deberé decírtelo? por qué no: cuando ajustas tu criterio a nuestra historia, a nuestras revoluciones, a nuestros acontecimientos y a nuestros hombres, enalteces lo bueno con imparcial y franca justicia, y si condenas lo malo, lo haces con tánta delicadeza y con tánta cautela, que ni aun aquello que pareces herir tiene derecho de quejarse, porque la herida es blanca y la curación sencilla. Así se escribe, amigo mío.

Lo que nos cuentas sobre la crónica local de las miserables poblaciones que existen por épocas sobre las márgenes del Magdalena, sobre las alusivas a la ciudad de Barranquilla, a Puerto Salgar, a Santa Marta, a Cartagena, a Colón, a Panamá, al Ferrocarril del Istmo y al proyectado canal entre el Atlántico y el Pacífico, no dejan nada qué desear, porque abundan en datos de todo género, de singular trascendencia histórica en mi opinión. ¿Cómo diablos has hecho para aprender tánto? Que si no es poco lo que atañe a los hechos, lo que a números se refiere es muchísimo más. Con razón me decía un amigo que sabe dónde le aprieta el zapato en esas materias, cuando hablábamos de tu libro, lo siguiente: «Camacho es el verdadero creador de la poesía y de los números. Yo sabía desde hace mucho tiempo que tú eras sobre modo competente en puntos de estadística; pero valga la verdad, no creí que tu ciencia llegase a ese extremo. Con ella sales de Colombia y con ella llegas a la embocadura

(Termina en la página 161)



De los tiempos idos.

Don Romelio era bondadoso. A las personas que por cualquier motivo se le acercaban, las atendía con afabilidad. Era eso sí de muy pocas palabras, y esas palabras todavía resultaban más pocas al exceptuar algunas frases que invariablemente usaba él en determinadas ocasiones, y que jamás reemplazaba ni siquiera invertía. Por ejemplo, mil veces y de mil diversos modos le habrían preguntado por su salud, pero él toda la vida respondió sin quitar ni añadir.

—Yo bien.... siempre bien.

Tenía don Romelio un rostro sumamente pálido, con una barba sumamente negra que parecía postiza, con unas cejas como dibujadas al carbón, con unos ojos muy hundidos y también muy negros, que allá en su profundidad y con cierta expresión al parecer de burla miraban las cosas vagamente.

Casi todo el día lo pasaba don Romelio en su tienda, única del pueblo donde no existían artículos que vender. Acaso los hubo en época anterior, y de ahí que arrimaran a veces algunos campesinos preguntando por miel de abejas, clavo de olor, pulsatila, cuerdas para tiple, azogue de enamorar, u otras menudencias igualmente curiosas. Entonces don Romelio contestaba con una de sus locuciones invariables:

—No; afortunadamente no hay.

Era la tienda oscura: en tal que otro hueco de las estanterías, bajo una capa ya gruesa de polvo, había frascos viejos con residuos de materias inconocibles, había faroles de papel, jarros desportillados, trebejos inútiles; don Romelio estaba continuamente sumergido en la lectura de unos librotes aforrados en pergamino, y junto a él un gato negro dormitaba sobre el mostrador.

A las seis, cuando ya no quedaba pinta de sol sino en el campanario de la iglesia y en los cerros inmediatos, don Romelio cerraba su tienda y se dirigía lentamente a su casa en compañía del misifú que le hablaba con maullidos opacos y se le pasaba por entre las piernas.

La casa donde este señor había vivi-

do largos años tan solo con una viejecita que desempeñaba todos los oficios domésticos, era casa de antigua hechura, con retamas y eneldos en el patio, con gruesas pilastras, con anchos corredores donde había poyos rebosados de cal, y con unas habitaciones en cuyas puertas don Romelio tenía que agacharse un poco al entrar o al salir.

Su soledad, su retraimiento, su fisonomía de fantasma, sus ojos burlones, y aquel sospechoso gato que estaba casi siempre con él, hubieran ya bastado para sugerir a muchos vecinos que don Romelio tenía pacto con el demonio; mas no lo decían ateniéndose apenas a esos detalles de menor monta, sino por una circunstancia grave, por una señal que calificaban de inequívoca. Según era fama, don Romelio cuando joven se había metido en una escabrosísima aventura de amor, y a fin de poderla realizar en la medida completa de sus deseos había tenido que acudir al diablo para que le ayudase, comprometido desde luego a cederle su alma el dia que muriera y sujetándose a varias condiciones que le impuso mientras estuviera vivo; una de ellas era terrible, pues consistía, nada menos, en dejarse lavar todas las noches a campo abierto y en agua que viniera de los páramos. Y aquí vamos a saber el indicio, el hecho muy claro sin duda en que tal aseveración se había fundado:

Todas las noches infaliblemente, a eso de las tres, don Romelio se levantaba de su lecho, se vestía con premura, doblaba una sábana y se la ponía en el hombro, salía de su alcoba, descolgaba una llave que pendía de cierto clavo en cierta pilastra, cuidadosamente abría, cuidadosamente cerraba el portón, y se encaminaba siempre por las mismas calles hacia las afueras del pueblo; después de recorrer un largo camellón se escurría por debajo de una talanquera, penetraba en un llano, lo atravesaba diagonalmente y llegaba por fin hasta un gollizo que forma la serranía, donde caen murmullando las aguas. Era en este paraje, llamado *Las Tominejas*, donde tomaba—o recibía—don Romelio un baño más que frío. Luégo de secarse y vestirse, regresaba con igual paso que antes por la misma trocha de la llanicie, por la misma carretera, por las mismas calles; abría y cerraba con cuidado la puerta de su casona, entraba tan sigilosamente como había salido, y se metía de nuevo en su cama.

La viejecita que cuidaba de aquella casona se había pasado en vela muchas noches para atisbar a don Romelio cuando se levantaba y salía. «Yo creigo (comentaba ella en su charla por las vecindades) que si jueran cosas del Maligno, dende mucho anterior se hubiera espantao, porque yo he seguido pasitamente detrás con la cruz de mi rosario entre la boca, y es como si nada. Yo me he confesao desto pa decir que mi amo Romelio va siempre con los ojos dormidos, y el señor cura dice que no es cosa de condenación sino que debe de ser bonánsulo»....

Pero estas explicaciones de la vieja nunca fueron satisfactorias. A veces, en el silencio de la madrugada un trasnochador casual, unas personas que salían de viaje, un estanciero que iba para su campo, al divisar aquella figura misteriosa con la sábana al hombro, si no podían súbitamente variar de camino, se agazapaban en el hueco de alguna puerta o tras de algún árbol, y temblando de susto murmuraban:

—¡Ave María purísima! Ya viene don Romelio de *Las Tominejas* ¡Lo acaba de lavar el diablo!

Más tarde, algunas de esas personas, al referir que lo habían encontrado, aseguraban que a tales horas don Romelio no iba completamente solo, sino en la compañía de un gato negro cuyos ojos brillaban como dos chispas....

El Dr. Mirabel.

(Viene de la página 159)

del Misisipí, y con ella te paseas como Señor a lo largo y a lo ancho del gran Valle, aplicándola a parajes, cortijos, aldeas, villas y ciudades capitales de los Estados, con envidiable destreza y con sorprendente acierto.

Bajo los rasgos de tu pluma ve el lector algo como si se levantara por obra de magia esa singular comarca hasta una altura tal, que la historia del mundo antiguo parece desconocerla.

Si me pusiera a analizar toda la substancia contenida en esa parte de tus Notas, no acabaría con un libro; pero como no sé hacerlo y como no puedo disponer sino de dos o tres horas para acabar de dictar al galope ésta, por lo mismo, desgreñada carta, paso sin tocar las descripciones claras, precisas y elegantes que haces de Nueva Orleans, San Luis, Chicago, Cincinati, Pitsburgo y otras, para llegar a Nueva York. Sin embargo, no iré tan de carrera que no me detenga un momento para congratularme contigo por el talento de artista que empleas cuando se te ofrece expresar como poeta lo que se refiere a movimientos espontáneos de sensibilidad. Esos cuadros son deliciosos para mí y para todo el mundo los creo acabados y completos.

Has de saber que yo visité el año de 50 casi todos los lugares en que has hecho tus últimos estudios y que con tu obra has traído a mi memoria reflexiones comparativas que para mí no tienen precio, pues es precisamente desde aquel año cuando la civilización, con formas de gigante ha ido surgier lo en aquellos territorios para estupefacción del mundo.

Yo anduve en aquella época los Estados de todo el litoral Atlántico, desde el de Virginia hasta el de Vermont, y gran parte de los lagos que entonces eran tan bellos como son ahora. Chicago era poco más o menos como Zipaquirá, Niágara era una aldeíta miserable, metida entre bosques, y desde Saratoga hasta la catarata se seguía costeando el canal Erie por el camino de hierro, dejando a lado y lado ciudades nacientes condecoradas con nombres pomposos sacados de la historia antigua.

Viajé en estío, época de brillante luz y de color intenso, y qué bien recuerdo ahora cuando los años han echado frío sobre mis sienes, el ardor con que se sucedían unas a otras mis impresiones de joven. Yo vi pueblos acabados de nacer como Siracusa, Menfis, Búfalo y otros, en que al lado de troncos centenarios, abatidos en la selva virgen, se levantaban templos, fondas, bancos, fábricas, escuelas, colegios y hasta universidades, revelador todo ello del brioso impulso de una civilización incipiente, precedida por la agricultura, el comercio, la imprenta, el culto, la tolerancia y la libertad. Cuando el tren pasaba por campos abiertos, la luz se esparcía en ellos como reflejos enviados por el diamante, y cuando penetraba en floresta virgen, los pinares y los cedros asombraban el suelo y derramaban tinte oscuro en los alrededores como si fuese de noche. Me acuerdo que describiendo una escena de esas, Mrs. Trolop, dice que el pintor que quisiera retratarla tendría que empapar su pincel para la primera parte en el cielo y en las oscuridades del Tártaro para la segunda. En el Salto, las aguas al caer, cambiaban el esmeralda del lago por hebras de plata que ya en el fondo, como si fuesen movidas por hadas, se tornaban gruesas perlas líquidas en ebullición; en tierra, el maple destilaba miel y las coníferas y el árbol de plata elevaban graciosamente su follaje en la atmósfera; aventureros contados por decenas de miles iban camino de noroeste en requerimiento de tierras para procurarse pan, abrigo y emancipación, y para fundar en aquellas felices e inexploradas regiones la grandiosa civilización que tú nos pintas con tánta claridad de visión.

En Nueva York reflexionas mucho, hablas como aventajado publicista y planteas embrollados problemas de política, de industria, de economía y de moral que a mi ver resuelves en conformidad con la más acertada lógica, y, para concluir, hablas de nubes en el horizonte y de algo más que se roza con la situación actual y con lo porvenir de los Estados Unidos. Ciertamente aquella nación es un gigante considerada como institución hermana; pero los gigantes pueden tener también gérmenes malignos que amenacen su existencia. Es posible que a fuerza de prosperar tan sin medida, ese pueblo reviente el día menos pensado, por exceso de robustez y de salud. La plétora mata con seguridad como cualquiera otro estado patológico. Recuerdo en este momento que el maestro Hipócrates, en uno de sus aforismos, hablando de los peligros de una sanidad excesiva, concluye con las siguientes palabras, que no sé bien si lograré escribirlas en buen latín para que las comprendas:

.... *Cum vero non quiescat in mellius, reliquor est igitur ut in deterius:* lo que talvez equivale a decir que no pudiendo selguir más allá ni quedar en el mismo sitio, es preciso retroceder.

En resumen, si he de expresarte todo mi pensamiento, te diré que tu libro me parece excelente y acaso mejor que todos los que con gran resonancia han sido publicados en América y sobre América. Seguro estoy de que ese importante volumen no irá con facilidad a las tiendas de *bric á brac*. Si la crítica apasionada llega a hincar su diente acerado sobre esas páginas, me atrevo a aconsejarte que guardes silencio, pues esa obra, destinada a vivir siglos, se defenderá por sí misma.

Una vez más, querido amigo, te ruego excuses, con tu benevolencia característica, todo lo descocido y disparatado de esta carta, que te suplico consideres como confidencial y sin trascendencia pública, pues no la he dictado para los demás, sino únicamente para ti, de quien soy y seré siempre verdadero amigo,

M. Uribe A.

(Viene de la página 155).

Media anual.	13.799.000
1916-17.	12.741.000
1917-18.	15.836.000
1919-19.	9.712.000
1919-20.	7.500.000
1920-21.	14.496.000
Total	60.285.000
Media anual	12.057.000

Obsérvase en consecuencia, que en los últimos tres quinquenios, el primero produjo 14.655.000 sacos; el segundo 13.799.000 y el tercero produjo 12.057.000. Hay una diferencia de dos millones entre el primero y el último.

Es verdad que en estos últimos cinco años, uno fue de grandes hielos, lo cual influyó en la producción de dos períodos consecutivos. La helada es un accidente con el cual se debe contar, sea ella de mayor o menor intensidad. Mas a pesar de no haber habido helada en el corriente año, la reducción del producto, como vinos, será de cinco millones de sacos, por lo menos; de tal manera que si formulamos un quinquenio estadístico entre 1918-19 y 1922-23, llegaremos al siguiente resultado:

1918-19.	9.712.000
1919-20.	7.500.000
1920-21.	14.496.000
1921-22.	12.000.000
1922-23.	11.000.000
Total. . .	54.708.000
Media anual.	10.941.000

Digamos once millones, lo que indica una reducción de tres millones de sacos, debida, en gran parte, a la sequía que, por lo demás, es un accidente no raro en ciertas zonas productoras del extranjero, y en parte—en el Brasil y en los otros países cafetaleros—debida a la disminución productiva de los cafetales, por envejecimiento de las plantas.

Podemos afirmar, basados en hechos positivos, que en cuanto el consumo «aumenta» en centenas de millares de sacos por año, la producción brasileña disminuye o, por lo menos, permanece francamente estacionaria.

De lo expuesto se deduce otra conclusión: Para corregir el estacionamiento de la producción del Brasil, *es preciso* emplear fuertes estímulos y decidido amparo en pro de su industria cafetalera. Si no fuese por las tan combatidas *valorizaciones*, sería hoy enorme su déficit en el suplemento que tiene de suministrar el café brasileño al consumo del mundo. Es evidente que si tales intervenciones en el mercado, para levantar los precios ruinosos que en él prevalecían, ampararon al productor extranjero, el mismo efecto produjeron, necesariamente, en el productor brasileño.

Poco importa—dice finalmente el Presidente de la Sociedad Rural Brasileña—que el alza de precios haya sido artificial, según el inimitable parecer de los antivalorizadores; el efecto fue el de todas las *alzas*, aumentó los proventos de los productores y, por consiguiente, su resistencia contra las crisis y acrecentó sus recursos en pro del desarrollo y perfeccionamiento de la industria.

El extracto, en gran parte traducción literal de tan interesante trabajo del ilustre doctor Ramos, tiene, a no dudarlo, importancia especial para los cafetaleros colombianos.

Son cinco los capítulos del estudio de tan eximio técnico, al cual, justo es decirlo, considera un tanto pesimista la *Wileman's Brazilian Review*, publicación de esta capital.

En los *Corolarios* que puso al fin de la primera parte de su estudio, *Valorización del café*, el grande e inolvidable Rafael Uribe Uribe escribió estas palabras, salidas de su clara consciencia:

«Si algún caso indiscutible puede citarse de que el dinero gastado por la República en una misión diplomática, le haya sido devuelto en forma reproductiva, es éste en que los trabajos del doctor Uribe, se han traducido para la riqueza nacional en ganancia muchas veces superior al costo de la Legación». *(Por la América del Sur*, página 67, tomo II).

Los agricultores colombianos, para quienes, en opinión de uno de ellos, los escritos de Uribe fueron como «una inyección de cafeína», pueden recordar que para la riqueza nacional, a su vez fue vigorizante estímulo cuanto escribió el eximio publicista sobre las industrias agrícolas del Brasil.

No podría yo—humilde patriota—aspirar en lo mínimo al derecho de decir un día lo mismo que el General Uribe estampó de su obra con franqueza broncínea.

Tan sólo trataré de informar a los agricultores de mi país, valiéndome no de mi propio saber, sino de lo que aquí se escribe y dice en relación con el café, industria que es primordial riqueza de Colombia, que lo será aún más, y que al construír en el país suficientes vías de comunicación fácil y barata, centuplicará la exportación nacional y traerá una hora de florecimiento, como la que tiene el poderoso Estado de San Pablo en este inmenso Brasil (1).

Max. Grillo.

Río Janeiro, junio de 1922.

(1) Suplícase a la prensa diaria de las capitales de Departamento la inserción de estos artículos, si los encuentra útiles.





Señor don Luis Dugand y señorita doña Carolina Donado, de la alta sociedad de Barranquilla, quienes acaban de contraer compromiso de matrimonio en aquella ciudad.

Los sonetos del mar.

Por JORGE MATEUS

I

PANTEISMOS

¡Oh mar! yo no me canso de mirarte
y no terminaré de conocerte,
aunque tu lomo arrullador y fuerte
llevó mi juventud por mucha parte.

Sugiere tu visión, al contemplarte,
la vida poderosa de lo inerte:
eres engañador, como la muerte;
eres incomprendido, como el Arte.

Aquí, cabe tus ondas tumultuosas,
empapado en los hálitos marinos,
anhelo acariciar todas las cosas;

Y me fingen tus hondos remolinos,
las vagas inquietudes voluptuosas
de unos brazos lejanos y divinos....

II

OBSESION AZUL

Voy de pesca esta tarde. El mar se aquieta
con la solemnidad de una plegaria,
y una sesgada vela solitaria
emborrona el crepúsculo violeta.

A la bruma, a la espuma, a la hora quieta
les doy mi confidencia temeraria:
—Sólo tenemos alma milenaria
el mar y yo.... también él es poeta.

Les pregunto por ti, dulce Lejana;
escucho entre las olas que me gritas
salvando la distancia en que me pierdo:

Y ante el paisaje, que de azul se ufana,
siento dos obsesiones infinitas
y sonoras: el Mar, y tu recuerdo.

III

MARE NOSTRUM

Cantarte con el mar, en loco dueto;
repetirle tu nombre al mar hermano;
tenerte sobre el mar, como un pagano
y milagroso y lírico amuleto;

Entregarnos al mar, y sin secreto
—cual dos niños llevados de la mano,—
bucear contigo el fondo del arcano
en la escafandra recia de un soneto....

Yo como el monstruo: apasionado, grave,
batir la roca y soportar la nave
donde viajes asida de mi suerte;

Y tú, como la onda de la orilla:
acariciarte, rítmica, sencilla,
caprichosa y fugaz, dócil y fuerte.

IV

EL PAISAJE

La playa gris del mar; los cocoteros
de la orilla; el bochorno que se apaga
en la hora que muere; la luz vaga
del ocaso copiada en los esteros;

El eco amortiguado de los fieros
alisios; y en la tarde que se embriaga
de múrice, una vela que naufraga
colmada de presagios lisonjeros.

Del ocaso en los cárdenos fugaces
apunta Venus; rumbo hacia la sombra
cruza recta una fila de alcatraces;

Ydel abismo entre las tenues brumas
todo me habla de ti, todo te nombra:
la playa gris, el cielo, las espumas....

Coveñas, playas del Caribe, 1922.







Difícil es arrancar el secreto de la moda futura a los grandes modistos, y los esfuerzos más tenaces resultan inútiles ante la discreción más absoluta de quienes intervienen en la confección de nuevos modelos. Por esto es mejor hacer la reseña más completa de los modelos de cada temporada. Como la descripción que hice en mi última crónica no quedó completa, la terminaré rápidamente hoy.

Los más suntuosos trajes de esta temporada van con frecuencia cubiertos de cuentas de cristal y de extremos colgantes de tul de color. Uno de estos es de moaré blanco con la cola de tul escarlata. Un soberbio modelo de raso blanco va todo bordado en hilo de oro y se completa con una capa de tisú de oro con dragones chinos bordados en colores y un cuello de encaje de oro. Entre los modelos de su colección de trajes de noche hay algunos amarillos. En los menos ceremoniosos, Mme. Jenny prefiere el descote redondo, y con la parte superior del cuerpo (especie de canesú que cubre los hombros), de encaje fino. Ni siquiera los modelos para las ocasiones más ceremoniosas son exageradamente descotados.

Doeuillet tiene toda una serie de sus celebrados modelos enteramente cubiertos de cuentas o de lentejuelas y sin cola. Para las ocasiones menos solemnes nos presenta modelos de crespón Georgette, por lo general en diversos tonos de color de rosa, ciclamino, color de fuego y en los rojos más raros, adornados con cuentas. Entre sus modelos figura uno drapeado y muy sencillo de crespón verde jade, así como otros de fino encaje negro con las mangas largas y transparentes y el descote bastante rebajado. En el modelo denominado *Loie Fuller* emplea un nuevo material, nada menos que un chifón teñido de colores graduados, que comienza con el color de rosa y va cambiando hasta llegar al negro. Doucet también usa este material en algón modelo.



Como de costumbre, las colecciones de trajes de noche de la casa de Worth son imponentes. En todas ellas no se encuentra una sola falda ancha, y las líneas griegas o el traje que demarca las formas son la orden del día. En algunos de sus modelos Worth trata de establecer un nuevo descote en forma de óvalo profundo, cubierto en la parte inferior con una sección plana del mismo material del traje. Uno de los modelos más interesantes de su colección es de crespón blanco, drapeado *á la grecque*, con una especie de chal de chifón negro bordado con azabaches que cubre la espalda y se prolonga en largos extremos que llegan casi hasta el suelo. Worth usa bastante las flores, y así un modelo de crespón negro lleva en las caderas ramilletes de camelias rojas y blancas, mientras otro de crespón blanco tiene hileras de grandes pensamientos blancos dispuestas a lo largo de los panales de a los lados de la falda. Los paneles laterales flotantes, que a veces llevan los únicos adornos del modelo, aparecen en varios de sus trajes. El drapeado que forma un gran lazo a un lado de la cadera, y que es una de sus especialidades, aparece también en varios modelos.

Algunas de sus creaciones tienen el cuerpo de un material y la falda drapeada alrededor de la figura y abierta a un lado, con los extremos prolongados en forma de doble cola del otro. Aun cuando entre sus colecciones hay algunos trajes negros, todos llevan algún alegre toque de color.

Los trajes que aparecen acompañando la presente son: el de abajo, un elegante modelo de *soirée*, y los de arriba, especiales para las *carreras*, trajes que han sido lucidos en las principales reuniones hípicas de la temporada.

Madame Valmore.

París, julio 25 de 1922.